

V. S. ALEXANDER

LA CATADORA DE HITLER

Traducción de Susana Olivares

 Planeta Internacional

Diseño de portada: Diana Urbano Gastélum

Fotografía de portada: © Masson (Beautiful redhead women - Cup tea) /

Shutterstock

Fotografía del autor: V. S. Alexander

Título original: *The Taster*

© 2018, V. S. Alexander

Publicado por primera vez por Kensington Publishing Corp.

Derechos de traducción negociados por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Traducido por: Susana Olivares

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019

ISBN: 978-607-07-5725-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

PRÓLOGO

Berlín, 2013

¿Quién mató a Adolf Hitler? La respuesta se oculta en estas páginas. Las circunstancias que rodearon su muerte son objeto de controversia desde 1945, pero yo conozco la verdad. Estuve allí.

Ahora soy una vieja viuda sin hijos, abandonada en una casa atestada de recuerdos tan amargos como cenizas. No me provocan alegría ni los tilos en primavera ni los lagos azules en verano.

Yo, Magda Ritter, era una de las quince mujeres que catában los alimentos de Hitler, a quien le preocupaba de manera obsesiva que lo envenenaran los Aliados o algún traidor.

Después de la guerra, nadie, a excepción de mi marido, supo lo que hice. Nunca hablé de ello. No podía. Pero los secretos a los que me aferré por tantos años necesitan escapar de esta prisión interior. Ya no me queda mucho tiempo de vida.

Yo conocí a Hitler. Lo miré caminar por los pasillos de su refugio alpino, el Berghof, y lo seguí a través del laberinto de la Guarida del Lobo, su cuartel general en Prusia Oriental. Estuve cerca de él en su último día en las profundidades sepulcrales de su búnker en Berlín. Era frecuente que estuviera rodeado por un séquito de admiradores sobre los que flotaba su cabeza como una claraboya en el mar.

¿Por qué nadie mató a Hitler antes de que muriera en el búnker? ¿Fue un capricho del destino? ¿Tenía una capacidad so-

brenatural para escapar a la muerte? Hubo muchas conspiraciones para matarlo, pero todas fracasaron. Sólo una logró lastimar al *Führer*. Aunque ese intento fallido lo único que consiguió fue reforzar su creencia en la providencia, en su derecho divino a gobernar como le pareciera.

El primer recuerdo que tengo de él es de la Asamblea del Partido de 1932 en Berlín. En ese entonces, yo tenía quince años. Se puso de pie sobre una plataforma de madera y habló ante un pequeño grupo de personas que crecía minuto a minuto, a medida que se corría la voz de su presencia en Potsdamer Platz. Ese día de noviembre caía lluvia de unas nubes grises, pero cada una de las palabras que pronunció explotaron en el aire hasta que la muchedumbre pareció resplandecer gracias al ardor y la rabia que sentían hacia los enemigos del pueblo alemán. Cada vez que se golpeaba en el corazón, el cielo se estremecía. Traía puesto un uniforme café con una correa de cuero negro que le cruzaba el pecho. En su brazo izquierdo destacaba el parche rojiblanco con la esvástica negra. Una pistola colgaba de su cintura. No era particularmente atractivo, pero sus ojos te cautivaban de una manera poderosa. Circulaban rumores de que quiso ser arquitecto o artista, pero siempre imaginé que hubiese sido un mejor cuentista si hubiera dejado que su imaginación se expresara a través de las palabras y no de la maldad.

Hechizó a una nación entera e indujo a aquellos que creían en el reluciente y nuevo orden del nacionalsocialismo a protagonizar disturbios eufóricos. Pero no todos lo idolatrábamos por considerarlo el redentor de Alemania. Desde luego, no todos los «buenos alemanes». ¿Mi nación fue culpable de auxiliar al dictador más célebre que el mundo haya conocido?

En torno a Hitler se creó un culto que permaneció tan extendido tras su muerte como cuando estaba vivo. Sus miembros se sienten fascinados por el horror y la destrucción que sembró en el mundo como si fuera un demonio. Son los fanáticos adoradores del *Führer*, o bien los estudiantes de la psique humana, quienes se preguntan: «¿Cómo pudo ser tan malvado un solo hombre?». En cualquier caso, estos seguidores auxiliaron a Hitler a triunfar en su empeño por vivir eternamente.

He luchado con las espantosas acciones que perpetró el Tercer *Reich* y con el lugar que yo ocupo en la historia de la humanidad. Mi historia debe ser contada. En ocasiones, la verdad me abruma y me horroriza como si cayera en un pozo oscuro y sin fin, pero en el proceso he descubierto mucho acerca de mí misma y de la humanidad. También he descubierto la crueldad de los hombres que promulgan leyes que obedecen a sus propios propósitos.

La vida me ha castigado y mi sueño está plagado de pesadillas. No hay manera de escapar de los horrores del pasado. Quizás aquellos que lean mi historia no me juzguen con tanta dureza como me juzgué yo misma.

LA CASA DE TÉ

El Berghof

CAPÍTULO 1

A principios de 1943, se apoderó de Berlín un miedo extraño.

Cuando el año anterior sonaron las sirenas antiaéreas, miré al cielo. No vi nada más que unas nubes altas que ondeaban por encima de mí como si fueran las colas de unos corceles blancos. Las bombas de los Aliados ocasionaron pocos daños, y los alemanes creímos que estábamos a salvo. Para finales de enero de 1943, mi padre ya sospechaba que aquel era el preludio a una intensa lluvia de destrucción.

—Magda, deberías irte de Berlín —me sugirió cuando comenzó el bombardeo—. Es demasiado peligroso. Podrías ir a Berchtesgaden, a casa del tío Willy. Allí estarías a salvo. —Mi madre estaba de acuerdo con él.

No quería saber nada de su plan porque, de niña, sólo había visto a mis tíos una vez. Me parecía que el sur de Alemania estaba a miles de kilómetros. Amaba Berlín y quería permanecer en el pequeño edificio de departamentos de Horst-Wessel-Stadt en el que vivíamos. Nuestra vida, así como todo lo que conocía, se limitaba a ese único piso. Quería normalidad; después de todo, la guerra iba bien. Eso era lo que nos decía el *Reich*.

En la Stadt todo el mundo creía que bombardearían nuestro vecindario. Había muchas industrias cerca, incluyendo la fábrica de frenos en la que trabajaba mi padre. A las once de la mañana del 30 de enero, mientras Hermann Göring, el *Reichsmarschall*, daba un discurso por la radio, tuvo lugar un bombardeo

de los Aliados. El segundo ocurrió ese mismo día, más tarde, mientras hablaba el Ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Los Aliados planearon sus ataques a la perfección. Interrumpieron ambos discursos.

Mi padre seguía en el trabajo cuando sucedió el primero, pero ya estaba en casa durante el segundo. Decidimos que nos reuniríamos en el sótano durante los ataques aéreos, junto con *Frau Horst*, que vivía en el último piso de nuestro edificio. En esos primeros días, no sabíamos la destrucción que podían causar los bombardeos de los Aliados, la terrible devastación que podía caer de los cielos en forma de sibilantes nubes negras de proyectiles. Hitler dijo que el pueblo alemán sería protegido de tales horrores y nosotros le creímos. Incluso los muchachos a los que yo conocía y que peleaban en la *Wehrmacht* guardaban esa creencia en el fondo de su corazón. Una sensación de buena fortuna nos impulsaba hacia delante.

—Deberíamos irnos ya al sótano —le dije a mi madre cuando empezó el segundo ataque. En las escaleras, le grité esas mismas palabras a *Frau Horst*, pero añadí—: ¡De prisa, de prisa!

La anciana asomó la cabeza por la puerta de su departamento.

—Necesitas ayudarme. No puedo darme prisa. Ya no soy tan joven como antes.

Subí corriendo las escaleras y la encontré sosteniendo una cajetilla de cigarros y una botella de coñac. Se las quité de las manos y nos dirigimos hacia abajo antes de que las bombas impactaran. Estábamos acostumbrados a los apagones. Ningún bombardero podría ver que salía luz de nuestro sótano sin ventanas. La primera explosión pareció producirse lejos y no me preocupé.

Frau Horst encendió un cigarro y le ofreció coñac a mi padre. Al parecer, los cigarros y el licor eran las dos posesiones que deseaba llevarse a la tumba. Sobre nosotros cayeron partículas de polvo. La viejecita señaló las vigas de madera que estaban sobre nuestras cabezas y soltó:

—¡Malditos sean!

Mi padre asintió sin gran entusiasmo. La vieja caldera de carbón hacía ruidos desde la esquina, pero era incapaz de disipar

la corriente helada que recorría la habitación. Nuestro aliento congelado era visible bajo la áspera luz de una bombilla desnuda.

Una detonación más cercana retumbó en nuestros oídos y la luz eléctrica se apagó con un parpadeo. Un resplandor anaranjado brilló en el cielo, tan cerca que pudimos ver su rastro de fuego a través de las grietas que rodeaban la puerta del sótano. Una nube de polvo cayó por el cubo de la escalera. Se oyó un estallido de vidrios en algún lugar del edificio. Papá nos tomó a mi madre y a mí de los hombros, nos acercó a él y cubrió nuestras cabezas con su pecho.

—Eso estuvo demasiado cerca —dije, temblando contra mi padre. *Frau* Horst sollozaba en una esquina.

El bombardeo terminó casi tan rápido como empezó, y subimos las oscuras escaleras de vuelta al departamento. *Frau* Horst se despidió y nos dejó solos. Mi madre abrió la puerta y buscó una vela en la cocina. A través de la ventana, vimos un humo negro que brotaba de un edificio a varias cuadras de distancia. Mamá encontró un cerillo y lo encendió.

Emitió un grito ahogado. Una de las puertas de la vitrina se había abierto y varias piezas de porcelana fina que le regaló mi abuela estaban hechas añicos en el piso. Se hincó frente a los trozos, tratando de unirlos como si fuera un rompecabezas.

También estaba destrozado un gran florero de cristal tallado que era importante para ella. Mamá cultivaba geranios e iris morados en el pequeño jardín de la parte de atrás del edificio. Cuando florecían, mamá cortaba los iris y los colocaba en ese florero en el centro de la mesa del comedor. Su embriagadora fragancia inundaba todas las habitaciones de la casa. Papá decía que esas flores lo hacían sentir feliz porque le propuso matrimonio a mi madre en la época en que florecen.

—Nuestras vidas se volvieron frágiles —dijo papá mientras contemplaba el desastre con tristeza. Después de unos minutos, mamá perdió la esperanza de reconstruir los platos y el florero, y los arrojó a la basura.

Se recogió el cabello color azabache en un chongo y se dirigió a la cocina para tomar una escoba.

—Tenemos que hacer sacrificios —dijo subiendo la voz.

—Tonterías —respondió papá—. Somos afortunados por tener una hija y no un varón; de lo contrario, me temo que dentro de poco estaríamos organizando un funeral.

Mamá apareció con la escoba en el quicio de la puerta de la cocina.

—No debes decir ese tipo de cosas. Das una impresión equivocada.

—¿A quién? —Papá sacudió la cabeza.

—A *Frau* Horst. A los vecinos. A tus compañeros de la fábrica. ¿Quién sabe? Tenemos que ser cuidadosos con lo que decimos. Ese tipo de afirmaciones, incluso siendo rumores, podrían costarnos caro.

La luz parpadeó al volver a encenderse y mi padre suspiró.

—Ese es el problema. Tenemos cuidado con todo lo que decimos... y ahora tenemos que lidiar con los bombardeos. Magda debe marcharse. Tiene que irse a Berchtesgaden con el tío Willy. Incluso puede que encuentre un empleo.

En mis veinticinco años de vida, pasé de trabajo en trabajo: estuve en una fábrica de ropa, fui mecanógrafa para un banquero y resurtí los estantes de una tienda cuando me contrataron como encargada, pero me sentía perdida en el mundo laboral. Nada de lo que hacía parecía apropiado ni importante. El *Reich* deseaba que las muchachas alemanas fueran madres, pero antes quería que fueran trabajadoras. Supongo que eso también era lo que yo quería. Si tenías un empleo, era necesario que te dieran permiso para dejarlo. Como yo no tenía ninguno, me sería difícil ignorar los deseos de mi padre. Y, en lo que al matrimonio se refería, tuve unos cuantos pretendientes a partir de los diecinueve años, pero nada serio. La guerra se llevó a muchos jóvenes. Aquellos que se quedaron no lograban conquistar mi corazón. Era virgen, pero no me arrepentía de ello.

En los primeros años de la guerra, Berlín se salvó. Cuando empezaron los ataques, la ciudad era como un zombi: seguía viva, pero no estaba consciente de sus movimientos. Las personas parecían insensibles. Nacían bebés, y sus familiares los miraban a los ojos y les decían lo bellos que eran. Tocar un suave cairel de cabello o pellizcar una mejilla no garantizaba ningún futu-

ro. Enviaban a los jóvenes a los frentes, tanto al oriental como al occidental. En las calles las conversaciones se centraban en el lento descenso de Alemania al infierno y siempre finalizaban con «las cosas se pondrán mejor». También eran comunes las pláticas relacionadas con alimentos y cigarros, pero palidecían en comparación al bombo y platillo con el que se transmitían las noticias de las últimas victorias ganadas con los incansables esfuerzos de la *Wehrmacht*.

Mis padres fueron los últimos de una larga lista de Ritter que vivieron en nuestro mismo edificio. Mis abuelos vivieron allí hasta que todos murieron en la misma cama en la que yo dormía. Mi recámara, la primera desde el pasillo, al frente del edificio, era sólo mía, el lugar en el que podía respirar. Allí no había fantasmas que me espantaran. Mi habitación no contenía gran cosa: la cama, una pequeña cajonera de roble, un librero destartalado y los pocos tesoros que reuní a lo largo de los años, incluyendo el muñeco de peluche que mi padre ganó en un carnaval en Múnich cuando yo era niña. Cuando empezaron los bombardeos, mi recámara cambió de aspecto. Mi refugio adquirió un aire sagrado y extraordinario, y cada día que pasaba me preguntaba si su paz se derrumbaría como un templo bombardeado.

El siguiente ataque aéreo de importancia sucedió el 20 de abril de 1943, día del cumpleaños de Hitler. Los pendones, banderas y estandartes nazis que decoraban Berlín ondeaban en la brisa. Las bombas causaron algunos destrozos, pero la mayor parte de la ciudad salió bien librada. Ese ataque también me recordó cada uno de los temores que sufría de niña. Nunca me gustaron las tormentas, los rayos ni los truenos. La creciente gravedad de los bombardeos me ponía los nervios de punta. Mi padre insistió en que me marchara y, por primera vez, sentí que tal vez tenía razón. Esa noche me observó mientras empacaba mis pertenencias.

Reuní las pocas cosas que me importaban: un pequeño retrato de la familia de 1925, en tiempos más felices, y algunos cuadernos para apuntar mis pensamientos. Mi padre me entregó mi muñeco de peluche, el único recuerdo que guardaba de mis años de infancia.

A la mañana siguiente, mi madre lloró al verme bajar las escaleras con la maleta. Una lluvia de primavera humedecía la calle, y el aroma terroso de los árboles verdes inundaba el aire.

—Cuidate, Magda. —Mamá me dio un beso en la mejilla—. Mantén la cabeza en alto. La guerra terminará pronto.

Le devolví el beso y probé la sal de sus lágrimas. Mi padre estaba en el trabajo. Nos habíamos despedido la noche anterior. Mamá me tomó de las manos una vez más, como si no quisiera dejarme ir, y después las soltó. Levanté mis maletas y tomé el transporte a la estación de trenes. Tenía por delante un largo viaje hasta mi nuevo hogar. Feliz de refugiarme de la lluvia, ingresé a la estación por la entrada principal. Mis tacones resonaban en el piso de piedra.

Encontré el andén del tren que me llevaría a Múnich y a Berchtesgaden, y esperé en la fila bajo las celosías de hierro de los techos abovedados de la estación. Un joven soldado de las SS en un uniforme gris revisaba las identificaciones de los pasajeros a medida que abordaban. Yo era una alemana protestante, ni católica ni judía, y lo bastante joven como para estar convencida de ser invencible. Había varios elementos de la policía ferroviaria, en sus uniformes verdes, junto al oficial de seguridad mientras este último revisaba la fila.

El hombre de las SS tenía un rostro delgado y apuesto en el que destacaban unos ojos azules como el acero. Su cabello castaño se recogía debajo de su gorra militar formando una onda. Examinaba a cada persona como si fuera un delincuente en potencia, pero su frío proceder ocultaba sus intenciones. Me incomodaba, pero no me quedaba la más mínima duda de que me dejaría subir al tren. Me miró fijamente y estudió mi identificación, prestando especial atención a mi fotografía antes de devolvérmela. Me ofreció una ligera sonrisa, sin coqueteo alguno, pero satisfecho, como si concluyera un trabajo bien hecho. Agitó una mano hacia el pasajero que estaba detrás de mí para que avanzara. Mis credenciales pasaron su inspección. Quizá le gustó mi fotografía. Yo pensaba que me favorecía. Mi cabello castaño oscuro me caía hasta los hombros. Mi rostro era demasiado estrecho. Mis ojos eran demasiado grandes para mi cara,

y hacían que pareciera que venía de Europa del Este, dándome un aspecto similar al de un cuadro de Modigliani. Algunos hombres me dijeron que, para ser alemana, tenía un aspecto bello y exótico.

El vagón no tenía compartimientos, sólo asientos, y estaba medio lleno. En algunos meses, el tren rebosaría de vacacionistas ciudadanos ansiosos por veranear en los Alpes. Los alemanes desearían disfrutar de su país incluso en mitad de una guerra. Una joven pareja, que parecía estar profundamente enamorada, se sentó a unas filas de mí, cerca del centro del vagón. Tenían las cabezas muy cerca. Él le susurraba algo al oído a la mujer, se ajustaba el sombrero y daba fumadas a su cigarro. Encima de ellos había unas nubes de humo azul. De vez en cuando, la mujer tomaba el cigarro de sus dedos y le daba una fumada. Los hilos de humo se dispersaban por todo el vagón.

Dejamos la estación en la penumbra de aquel lluvioso día. El tren empezó a acelerar cuando salimos de la ciudad y pasamos frente a las fábricas y campos de cultivo de Berlín. Me recliné en mi asiento y saqué de una de mis maletas un libro de poemas de Friedrich Rückert. Mi padre me lo regaló años antes, pensando que me agradarían los versos de ese autor romántico. Jamás me tomé el tiempo de leerlos; el hecho de que me lo regalara me importó más que los poemas que contenía.

Pasé las páginas sin verlas, concentrada únicamente en que dejaba mi vida anterior para iniciar una nueva. Me perturbaba alejarme tanto de casa, pero debido a Hitler y a la guerra, no tenía otra opción.

Encontré la dedicatoria que mi padre escribió cuando me dio el libro. Decía: «Con todo el amor de tu padre, Hermann». La noche anterior, al despedirnos, parecía más viejo y más triste de lo que correspondía a un hombre de cuarenta y cinco años como él, aunque se notaba aliviado por poder enviarme a casa de su hermano.

Caminaba encorvado a causa de tener que inclinarse todo el tiempo durante su trabajo en la fábrica de frenos. Su barba gris, que se afeitaba cada mañana, hablaba de las dificultades personales a las que se enfrentaba a diario, incluyendo su desagrado

por el nacionalsocialismo y por Hitler. Por supuesto, jamás mencionaba semejantes cosas; sólo insinuaba su tendencia política frente a mi madre y a mí. La infelicidad lo carcomía, arruinaba su apetito y lo hacía fumar y beber en exceso, a pesar de lo difícil que resultaba conseguir tales lujos. Acababa de pasar el límite de edad para prestar servicio militar en la *Wehrmacht*, aunque una antigua lesión de juventud en una pierna lo hubiera descalificado de todos modos. A partir de sus conversaciones, me quedaba claro que sentía poca admiración por los nazis.

Lisa, mi madre, simpatizaba más con el Partido, aunque ni ella ni mi padre eran miembros. Al igual que la mayoría de los alemanes, detestaba lo que le sucedió al país durante la Primera Guerra Mundial. Muchas veces le decía a mi padre: «Por lo menos ahora la gente tiene trabajo y comida suficiente». Mamá traía a casa un dinero extra haciendo de costurera y, por la agilidad que tenía en los dedos, también hacía algunos trabajos para un joyero. También me enseñó a coser a mí. Vivíamos con comodidad, pero no éramos ricos ni por asomo. Nunca tuvimos que preocuparnos por tener suficiente comida hasta que comenzó el racionamiento.

Ninguno de mis padres mostraba sus ideas políticas de manera explícita. De nuestro edificio no colgaba ningún adorno ni bandera nazi. *Frau* Horst colocó en una de sus ventanas un cartel con una esvástica, pero era pequeño y casi no se veía desde la calle. Yo no me afilié al Partido, un hecho que a mi madre le despertaba cierta preocupación. Creía que sería positivo, ya que unirme a él podría ayudarme a conseguir empleo. Yo no pensaba mucho en el Partido. No se esperaba de las chicas alemanas que pensarán en cosas como la política. Sin duda, no iba a haber mujeres líderes dentro del nacionalsocialismo, y yo no estaba del todo segura de lo que significaba ser miembro del Partido en realidad, de modo que nunca sentí la necesidad de afiliarme al mismo. Se estaba librando una guerra a nuestro alrededor. Estábamos luchando para abrirnos camino hasta la victoria. Mi inocencia enmascaraba una necesidad de saber más.

Seguí hojeando el libro hasta que el tren empezó a detener su marcha.

El oficial de las SS de la estación apareció detrás de mi hombro derecho. En la mano izquierda sostenía una pistola. Caminó hasta la pareja que estaba delante de mí y colocó el cañón del arma contra la sien del joven que estaba fumando. La mujer miró hacia atrás, en mi dirección; sus ojos delataban el terror que sentía. Parecía lista para correr, pero no había a dónde ir; de repente, aparecieron unos oficiales de policía armados en la entrada de cada extremo del vagón. El oficial de las SS retiró el arma de la sien del hombre y les indicó con unos movimientos que se levantarán. La mujer tomó su oscuro abrigo y se envolvió el cuello con una bufanda negra. El oficial los escoltó hasta el fondo del vagón. No me atreví a voltear para ver lo que estaba sucediendo.

Después de unos momentos, miré por la ventana que tenía a mi izquierda. El tren se detuvo a mitad de una llanura. Un automóvil negro, salpicado de fango y con un escape de cromo que despedía nubes de humo, estaba estacionado en un camino de tierra junto a las vías del tren. El hombre de las SS empujó a la pareja del tren al interior del vehículo y después se subió detrás de ellos, con la pistola preparada. Los oficiales de policía se metieron en el asiento delantero con el conductor. Tan pronto como se cerraron las portezuelas, el auto dio vuelta en el campo, dejando una estela lodosa en el pasto, y se dirigió de regreso a Berlín.

Cerré los ojos y me pregunté qué pudo hacer la pareja para que la bajaran del tren a la fuerza. ¿Serían espías aliados? ¿Judíos que intentaban abandonar Alemania? En una ocasión —pero sólo una—, mientras estábamos sentados a la mesa durante la cena, mi papá nos contó de los problemas que estaban teniendo los judíos en Berlín. Mamá se burló de la idea y dijo que eran «rumores infundados». Papá respondió que uno de sus compañeros vio la palabra *Juden* pintada sobre varios edificios del sector judío. El hombre se sintió incómodo tan sólo por estar allí, aunque fuera por accidente. Había esvásticas pintadas en las ventanas. Carteles que advertían sobre hacer negocios con mercaderes judíos.

Pensé que era mejor guardarme mis opiniones y no avivar una discusión política entre mis padres. Me entristecían los ju-

díos, pero nadie a quien conociera les tenía especial agrado, y el *Reich* siempre los señalaba como culpables. Como tantos de mis compatriotas, me hice de la vista gorda. Lo que decía mi padre bien podía ser un rumor. Confiaba en él, pero sabía muy poco, sólo lo que se comentaba en la radio.

Busqué el auto negro con la mirada, pero se desvaneció. No tenía idea de lo que hizo la pareja, pero la imagen de los ojos aterrorizados de la mujer se quedó grabada en mi cerebro como con fuego. Durante el resto de mi travesía la lectura me ofreció poco consuelo. El incidente me inquietó. Me pregunté quién seguiría y en dónde terminaría todo.